

la leyenda irania para entrar poderosamente en los destinos conscientes del mundo, figura ya en los cuadros de la cronología comparada. Según Oppert, ese conquistador subió al trono de los persas y de los medas hace 2460 años (en 1900 de la era llamada cristiana) y su advenimiento coincidió con las tres fechas sincrónicas:

Año 216 de la era de las Olimpiadas.

Año 193 de la fundación de Roma.

Año 187 de la era de Nabonasar.

A Kur sucedió Kambises; después vinieron los Akheménidas, quienes, desde Darío I a Darío III, reinaron cerca de doscientos años, siendo el último vencido por Alejandro de Macedonia. La individualidad política de Irán se detiene en ese conquistador en un primer ciclo de la historia.

He aquí, según M. de Maspero, la fecha del advenimiento y de la muerte de los principales reyes asirios y de los miembros de las dinastías meda y persa.

	Era de Nabonasar		Olimpiadas		Era cristiana antes de J. C.
Reyes asirios	—		—		
Assurnazirpal.....	»	»	»	»	— 885, — 860
Salmanasar III.....	»	»	»	»	— 860, — 825
Tugulti-palesarra II..	» 20	» 26	» 49	» 49	— 745, — 727
Sargón II.....	42, 66	» 54,	» 71	» 71	— 722, — 705
Sennacherib.....	66, 80	» 71,	» 95	» 95	— 705, — 681
Esarhaddon.....	80, 122	» 95,	» 109	» 109	— 681, — 667
Assurbanipal.....	» 109,	» 151	» 151	» 151	— 667, — 625
Reyes medas	25, 42				
Kyaxares.....	114, 163	» 144,	» 192	» 192	— 633, — 584
Astyages.....	163, 198	» 192,	» 227	» 227	— 584, — 549
Reyes persas					
Ciro.....	187, 218	» 216,	» 247	» 247	— 550, — 529
Kambises.....	218, 225	» 247,	» 254	» 254	— 529, — 522
Darío I.....	226, 262	» 255,	» 291	» 291	— 521, — 485
Xerxes.....	262, 282	» 291,	» 311	» 311	— 485, — 465
Artaxerxes I.....	282, 323	» 311,	» 352	» 352	— 465, — 424
Darío II.....	324, 342	» 353,	» 371	» 371	— 423, — 405
Artaxerxes II.....	342, 388	» 371,	» 417	» 417	— 405, — 361
Artaxerxes III.....	388, 409	» 417,	» 438	» 438	— 359, — 338
Darío III.....	411, 417	» 440,	» 446	» 446	— 336, — 330



«¡Todo era informe y vacío!»
Pero el agente ordenador jué el emigrante descendido de la montaña.

CAPÍTULO PRIMERO

ASIA ANTERIOR E IRANIA.—ARIANISMO.—MESETA, MONTAÑAS Y VÍAS NATURALES.—BACTRIANA, ARACOSIA, GEDROSIA.
IRÁN Y TURÁN.—HISTORIA DEL ELAM.
ZOHAK Y KAUEH.—COSTUMBRES Y CREENCIAS.—MEDAS Y PERSAS.
PERSAS Y GRIEGOS.

PARACE arbitrario comenzar por Irania la descripción de la Tierra y de los Pueblos. Sin embargo, ciertas consideraciones nos muestran que es lógico obrar así y que para nosotros, la historia propiamente dicha ha de partir de esa meseta central, desde donde los acontecimientos se han desarrollado de una parte hacia el Oriente, de otra hacia el Occidente.

Procediendo por eliminación, es natural que se separen en primer término de las primeras investigaciones los dos continentes del Nuevo

Mundo, descubiertos tan tarde, lo mismo que el Africa continental, donde tantos pueblos han quedado sin cohesión, y las islas de la Oceanía dispersas a lo lejos sobre un espacio ilimitado. Conviene evidentemente proceder en primer lugar al estudio de una parte del Mundo Antiguo, que es doblemente central, a la vez por la geografía y por la historia. Ahora bien, esta región es indudablemente la que abraza en un conjunto los Pamir, es decir, el gran macizo de irradiación de las montañas y de las aguas, y las llanuras de la Mesopotamia, donde el Tigris y el Eufrates se juntan, se entrecruzan, se vivifican con sus corrientes y con sus civilizaciones diversas.

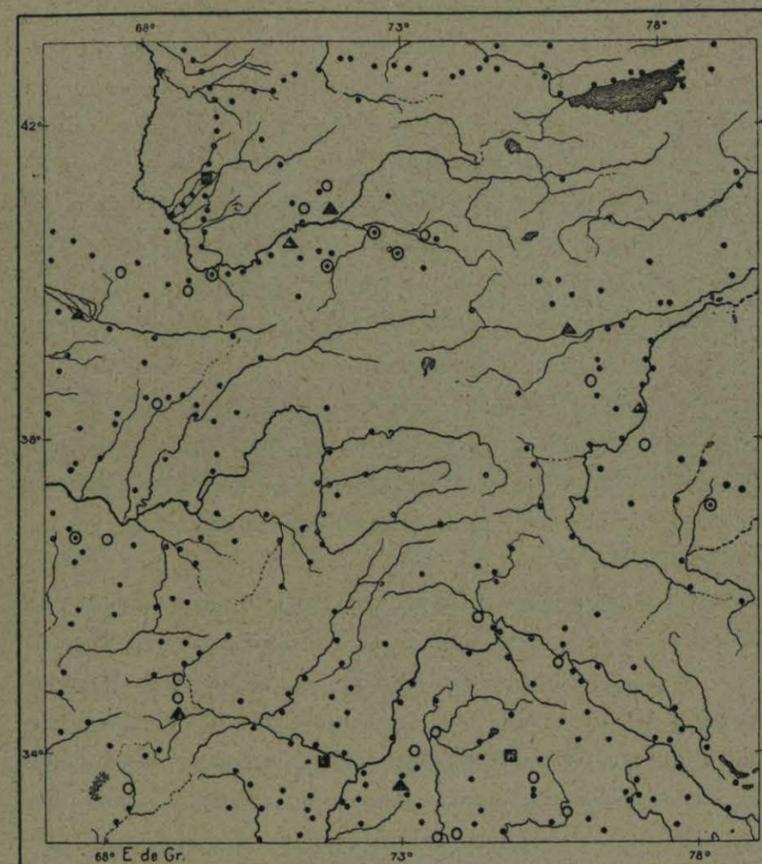
Estos dos focos geográficos, tan distintos por la función, forman el contraste mayor en la región intermediaria del Oriente al Occidente, siendo la Irania el punto de paso y unión natural. Respecto del relieve, de la dispersión de las aguas, del movimiento de los aires, de los fenómenos del clima, los Pamir de la gran meseta y los macizos que en ella se apoyan constituyen de una manera evidente la clave de la bóveda de la arquitectura continental. Pero este punto absolutamente central, materialmente considerado, era por naturaleza hostil al hombre; es un centro de repulsión; los pueblos en marcha y los viajeros se ven obligados a hacer grandes rodeos para evitarle; en tanto que al Oeste, el otro centro, al que puede darse el nombre de «potamiano» a causa de sus dos ríos, fué un punto de cita de las naciones y un gran foco de civilización. De ese modo se han diferenciado en el Asia occidental dos unidades geográficas que se hallan frente a frente en contraste absoluto: la primera ha venido a ser para el hombre un «polo negativo», según la expresión de Elie de Beaumont, aplicado a la Overnia y a las tierras centrales de Francia¹; la otra, regada diametralmente por el Tigris y el Eufrates, es, por el contrario, el «polo positivo», un lugar de atracción y vida, el verdadero corazón de todo el grupo continental.

Esta comarca del Asia Anterior, que se une por el pedúnculo estrecho de la Persia del norte, a lo largo del Elburz y del Cáucaso de los Turkamenes a todos los caminos del Asia oriental, pasando al norte y al sud de los Pamir, es a la vez región continental y región marítima por excelencia. En efecto, ocupa casi el medio geomé-

¹ Introduction à la Carte géologique.

trico del Mundo Antiguo, y el contorno exterior de las riberas oceánicas se dibuja a miles de kilómetros; mas por otra parte cinco

N.º 49. Meseta de Pamir, centro de repulsión.



- Ciudades de menos de 5000 habitantes
- « « 5000 à 25000 «
- ◉..... « « 25000 à 50000 «
- ▲..... « « 50000 à 100000 «
- « « más de 100000 «

1 : 10 000 000

0 100 200 400 600 Kil

mares penetran por sus extremidades avanzadas hasta esas masas telúricas y les aportan a la vez las ventajas del clima oceánico, de las lluvias, de la vegetación y las facilidades de acceso: estos ma-

res son otros tantos caminos, sea directamente por sus láminas de agua, sea por sus playas, que han seguido los pueblos mas diversos, los representantes de los tipos de toda raza y de toda lengua. En parte alguna se encuentra situación análoga a la del Asia Anterior, a cuyo rededor convergen el golfo Pérsico, el mar Rojo, el Mediterráneo, el Ponto Euxino, el Caspio, simple resto de lo que fué en otro tiempo, a través de la Siberia occidental, una avanzada del Océano Artico. El Asia anatólica y persa estaba, pues, indicada de antemano, por el hecho mismo de su construcción geográfica, a ser el lugar por excelencia para preparación al trabajo, para la enseñanza de la humanidad: lo que llamamos «civilización» tuvo en esa comarca su principal punto de partida, a la vez hacia el Occidente europeo y hacia el Oriente chino.

Aparte de la maravillosa cuenca de la Mesopotamia, que se inclina hacia el golfo Pérsico donde vierte sus aguas, pero que, gracias a la proximidad de otros cuatro mares, comunica fácilmente con todas las vertientes marítimas del Mundo Antiguo, el Asia Anterior, tomada en el sentido más amplio que pueda darse a ese término geográfico, posee una segunda cuenca fluvial, que hubo de tener también alta importancia histórica, muy inferior, sin embargo, a la de la Mesopotamia propiamente dicha. No obstante, varias decenas de siglos anteriores al nuestro, esta región especial estaba mucho más abundantemente regada que en nuestros días, la vegetación la cubría en extensiones mucho más considerables, y los terrenos de cultivo por la población en ella residente estaban menos limitados por el desierto. Este segundo centro de civilización era el que recorren los dos grandes cursos de agua llamados en el día el Sir y el Amu, ríos cuya disposición recuerda, aunque de lejos, la de las corrientes gemelas del Tigris y del Eufrates, y que han sido señalados a este respecto como ejemplos de «gemelaridad fluvial»¹.

Como se ve, el cuadrilátero de la Irania o Persia propiamente dicha, esa meseta tan bien encajada entre dos llanuras fluviales de gran fecundidad, tiene tanta mayor importancia natural cuanto que corresponde por sus orígenes a la región donde se ven aparecer los primeros alineamientos de la historia de los pueblos que más anti-

¹ Carl Ritter, *Configuration des continents*.



VISTA TOMADA A VISTA DE PÁJARO DEL TAKLA-MAKAN AL ORIENTE DEL PAMAR

Según una fotografía de Sven Hedin.

guamente llegaron a tener conciencia de sí mismos. Las vastas comarcas que, al otro lado del Cáucaso y el mar Negro, se prolongaban en espacios inexplorados donde soplaban el viento y se arremolinaban las nieves, no existían en el conocimiento de los hombres que escribían anales en tablillas de arcilla. Asimismo, al Oriente, las naciones de ultramontaña quedaban ignoradas; unas poblaciones bárbaras se encontraban allí prácticamente aisladas: la horda, la tribu o quizá hasta la nación vivían aparte, constituyendo organismos distintos, siendo otros tantos microcosmos, que no conocían y no querían conocer el vago parentesco que les unía. Pero la región central del mundo Antiguo de que el Irán formaba parte con Egipto, el Asia Anterior, Potamia, Arabia y Bactriana estaban ya en relación íntima para los cambios de ideas y formaban una especie de unidad primaria entre la multitud de los hombres que poblaban el mundo: ha de verse allí como una especie de ecumeno, anterior algunos miles de años al que formó hace dos mil el mundo

romano-griego; sus representantes eran los que, en leyenda caldea, se habían reunido para erigir la torre de Babel a su gloria común.

Y no es eso todo: la Irania, tan importante en la historia del Mundo Antiguo como hecho natural de contacto y de unión entre las naciones del Asia occidental ya conscientes de su solidaridad, lo ha llegado a ser más aún por su posición particular como lugar de expansión de los pueblos que, hacia el Este y hacia el Oeste, se sirven igualmente de lenguas derivadas del hablar primitivo llamado «ario», y cuyo genio ha tomado actualmente la dirección general del pensamiento en el conjunto de la humanidad. En Irania se halla el lazo de unión entre los lenguajes europeos y los de la India septentrional: ambos grupos glosológicos, a los que ahora hay que añadir las lenguas europeas introducidas en el Nuevo Mundo y en todos los países de colonización, comprenden ochocientos millones de hombres, exactamente la mitad de los que se ha supuesto existen sobre la Tierra, y esta mitad parece deber cambiarse pronto en una proporción muy superior, gracias a la fuerza de iniciativa que pertenece incontestablemente a los pueblos de lenguas arias: en todas partes se aprende a hablar y a pensar como ellos.

Sin duda ha pasado ya el tiempo en que se profesaba como dogma histórico que las civilizaciones y las razas de Europa habían tenido Irania por cuna común y única. La evolución que se cumple hoy a nuestra vista, la adopción de idiomas arios como lenguajes de uso para tantos pueblos diversos, blancos como los Bascos, rojos como los Iroqueses y negros como los Haitianos, demuestra que el empleo de una lengua no implica en modo alguno parentesco de raza, y que el dominio del ario, tan extenso actualmente, ha podido ser muy mínimo: se aumentó en otro tiempo como se aumenta en nuestros días, por el ascendiente de pueblos civilizadores y por la acción de esos viajeros francos, gentes que atravesaban pacíficamente el mundo llevando objetos preciosos, remedios, recetas mágicas y diciendo «la buena ventura». Pueden contarse esos profesores trashumantes, de quienes los Tziganes son los descendientes o imitadores poco considerados, entre los propagadores de lenguas actualmente invasoras.

Pregúntase, pues, dónde residieron los primeros profesores de las formas verbales que emplean o deletrean mil millones de hombres.

Como el patriotismo es todavía una de esas pasiones a que se obedece ciegamente, el lugar de nacimiento de la lengua aria suele ser designado por los sabios rusos como habiendo tenido alguna participación las llanuras sármatas; los alemanes, un distrito germánico, y los escandinavos, parte de la Suecia actual. No es posible pronunciarse aún, pero una cosa es cierta: la palabra «ario» que sirve al conjunto de los lenguajes europeos y asiáticos de un mismo origen,

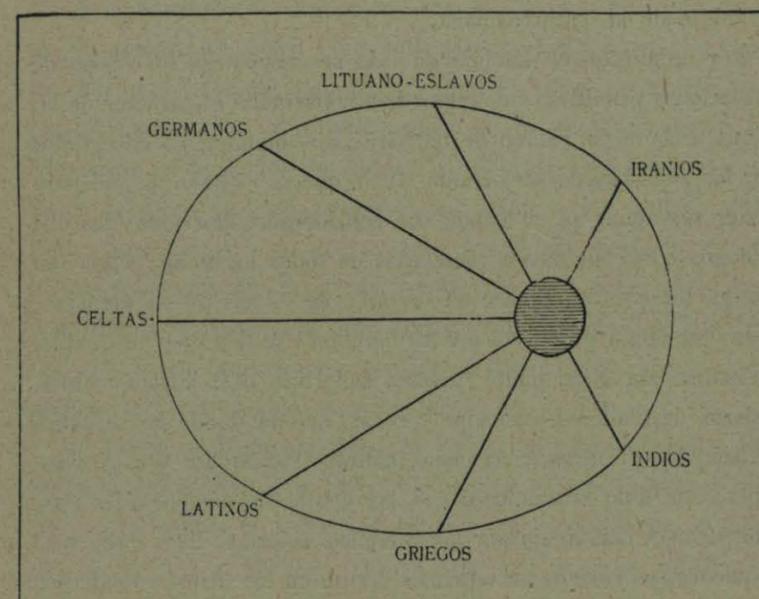


DIAGRAMA DE PICTET

es de segura procedencia iraniana y sanscrita: significa «noble», y el nombre moderno de Persia «Irán» es por todos considerado como un derivado ¹.

Quizá sea la meseta iraniana el punto de partida de la dispersión de las primeras tribus arias hacia todos los puntos del espacio: un diagrama famoso de Pictet² compara la importancia de las modificaciones sufridas por las lenguas arias, desde su origen común, con la longitud de un camino que hubieron de recorrer los pueblos que las hablan. Además, un pasaje del *Zend-Avesta* dice textualmente que

¹ Otto Schrader, *Sprachvergleichung und Urgeschichte*.—Salomón Reinach, *L'Origine des Aryens*.

² *Les Origines Indo-Européennes*.

el pueblo iranio tuvo que retirarse ante una invasión del frío, y hay conformidad general en considerar las llanuras situadas al norte de la cuenca del Amu como la comarca abandonada.

Los elementos semíticos (Hehn) y tártaros (Tomaschek) tomados en gran número por las lenguas arias nos vuelven aún por el pensamiento a la meseta de Irania, es decir, a Persia, situada precisamente entre la llanura semítica de la Caldea y las estepas turánicas de la Transcaspiana.

Por último, en el dominio de Irán se encuentran los restos de poblaciones primitivas que mejor han conservado el carácter de las tribus arias en su estado de barbarie. Los montañeses encerrados por las altas paredes del Hindu-Kuch, que se inclinan al Sud para verter sus aguas en el Kabul, son considerados por todos los etimólogos como los menos mezclados de todos los Arias: ellos son los que merecen el nombre de *Aristoi* o de «Arias por excelencia», si la etimología propuesta por Brunnhofer¹ se tiene por aceptable. La naturaleza circundante, montes soberbios casi infranqueables, ásperos desfiladeros, cascadas y rocas, maleza donde no se penetra sino con el hacha en la mano, habrán resguardado a esos montañeses de todo cruzamiento con las gentes de naciones diversas, que pasaban más abajo por las campiñas abiertas. Esos indígenas, a quienes sus vecinos musulmanes dieron en los tiempos modernos el nombre de Kafir o «Infieles», menos por su no conversión que a causa de su indomable espíritu de independencia, se parecen más a los europeos que ningún otro pueblo de Asia: hasta los hay con ojos azules y cabellera rubia. Su lengua, ciertamente aria, se aproxima al sanscrito, y su culto, muy respetuoso del fuego, recuerda las ceremonias descritas en los Vedas hindus: ningún soplo impuro debe extinguir la llama. Sus instrumentos, muebles, diversas costumbres, la manera de contar por veintenas, hablan también en favor del parentesco que une estos Kafir del Hindu-Kuch a los Arias del Asia y de Europa².

Así también, cuando los rusos llegaron a la Turkmenia, descubrieron, en medio de un caos de poblaciones más o menos mezcladas,

¹ *Vom Aral bis zur Gangá*, p. 14.

² Raverty;—Theobald;—Masson;—Vignes;—Biddulph.

grupos estrictamente arios refugiados hacia los altos valles, sobre la vertiente occidental de los Pamir, en el Karategin, el Darvaz y el Badakchan. ¿Cuántos son esos Galtcha y Yagnaub? Algunos miles apenas, conservando el tipo, el idioma y, si no la religión, a lo menos las prácticas religiosas de los antepasados, la reverencia del hogar doméstico. Por lo demás, los Galtcha tienen perfecta conciencia de la nobleza de su raza; por eso designan como su ascendiente a aquel cuyo nombre resuena con mayor prestigio en el mayor número de bocas: ellos, los pobres montañeses que se comparan con los cuervos hambrientos que escarban las nieves para picotear entre ellas algunas semillas, se dicen descendientes de Alejandro, el Vencedor de Asia. Un hecho de lo más interesante desde el punto de vista antropológico coloca a los Galtcha, cuya figura corresponde a lo que tenemos por el más perfecto tipo de belleza, entre los hombres más braquicéfalos, es decir, que tienen una cabeza relativamente muy ancha, mientras que los fanáticos del arianismo «germánico» consideran las cabezas largas como indicio de incontestable superioridad¹.

La Persia propiamente dicha, de población indudablemente aria en gran parte, pero muy mezclada por los cruzamientos, no aparece en la historia en siglos tan remotos como las llanuras regadas por el Tigris y el Eufrates; la comarca aria es, pues, inferior en apariencia a la comarca semítica por la antigüedad de la cultura; pero eso no puede ser sino una ilusión, porque, por la inclinación misma del relieve, por las condiciones geográficas del medio, la Persia es anterior, por decirlo así, a la Mesopotamia: es imposible que aquélla no haya suministrado los hombres. En efecto, los pantanos fétidos en que se extienden los ríos desbordados y que se secan al sol cuando las aguas vuelven a su cauce, fueron completamente inhabitables; el cultivo que se hizo por grados, rechazando ante sí la maleza y los cenagales, descendió gradualmente de los valles persas: Los colonos siguiendo la pendiente del suelo por las saludables campiñas que bordean los torrentes, fueron los primeros elementos étnicos de las llanuras bajas; a ellos corresponde el mérito de haber regularizado los ríos y las corrientes, de haber

¹ Vacher de Lapouge, *L'Aryen*, p. 26.

transformado las malezas en vergeles y en campos, de haber creado un foco de progreso en un lugar caótico y mortífero para el hombre. Quizá a ese estado de cosas alude la antigua leyenda caldea, apropiada después por los Hebreos: «¡Todo estaba informe y vacío!» Pero el agente ordenador fué el emigrante descendido de la montaña.

La parte occidental de la meseta de Irania, la que, en el lenguaje moderno, ha tomado el nombre de Persia, es de forma más regular y más «una» que la parte oriental: su historia debía en consecuencia, desarrollarse de una manera más igual y majestuosa.

En las épocas primitivas, cuando las poblaciones constituídas en medios geográficos próximos conservaban su existencia independiente, algunas partes del territorio iranio escapaban a esta unidad histórica. Pero no considerando sino la meseta propiamente dicha, se observa que, en su conjunto, está admirablemente dispuesta para formar un todo político muy sólido. Al Noroeste, varios macizos montañosos vigilan, como otras tantas ciudadelas, los desfiladeros, las gargantas y los altos valles por los cuales hubieran podido deslizarse los invasores procedentes de las regiones caucásicas. Sobre toda la longitud del frente occidental se alinean en un ancho reborde, los pliegues de los montes que dominan las llanuras de la Mesopotamia. Otras cadenas limítrofes que parten del ángulo sud-oriental de la Caspiana limitan la Persia al Nordeste y la separan de las arenas y de las tierras de aluvión que riega el Oxu, en una estrecha cinta de cultivos. Por la parte del Este, vastas soledades, inhabitables en una gran parte de su extensión, separan el triángulo occidental de la Persia y el laberinto de los valles orientales que pueblan los Afghanos. Por último, dos mares bañan los cimientos de la meseta: al Norte la cuenca profunda de la Caspiana, que se prolonga hacia las frialdades boreales hasta espacios tan lejanos que en otro tiempo pudieron parecer infinitos; al Sud, el golfo en semicírculo que reúne el Océano de las Indias a las riberas mucho tiempo desconocidas. Muy poderosas para el ataque, las poblaciones que ocupan las altas tierras del Irán y guardaban sus puertas por el lado del Eufrates, tenían, por otra parte, la inmensa ventaja de ser casi inabordables sobre una gran parte de su



CASCADAS DE TOP-E-KAZAB EN LAS MONTAÑAS DE BAKHTYARI

De una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia).

muro de recinto: por todas partes había obstáculos, paredes inaccesibles, arenas abrasadoras, bahías rodeadas de áridas rocas. Si piratas extranjeros desembarcasen en multitud sobre las costas meridionales, ante ellos se elevaban unos montes escarpados en pisos sucesivos; cuando penetraban por el Norte bandidos nómadas en cortas cuadrillas sobre las alturas de la meseta, pronto chocaban contra espesas masas de hombres y emprendían apresuradamente el camino de la llanura. Antes de Alejandro, ningún conquistador venido de Occidente había logrado instalarse como dueño más allá del borde de la meseta.

Ese rígido aislamiento geográfico había de hacer del Irán la residencia de imperios muy sólidamente constituidos. Allí nació, des-